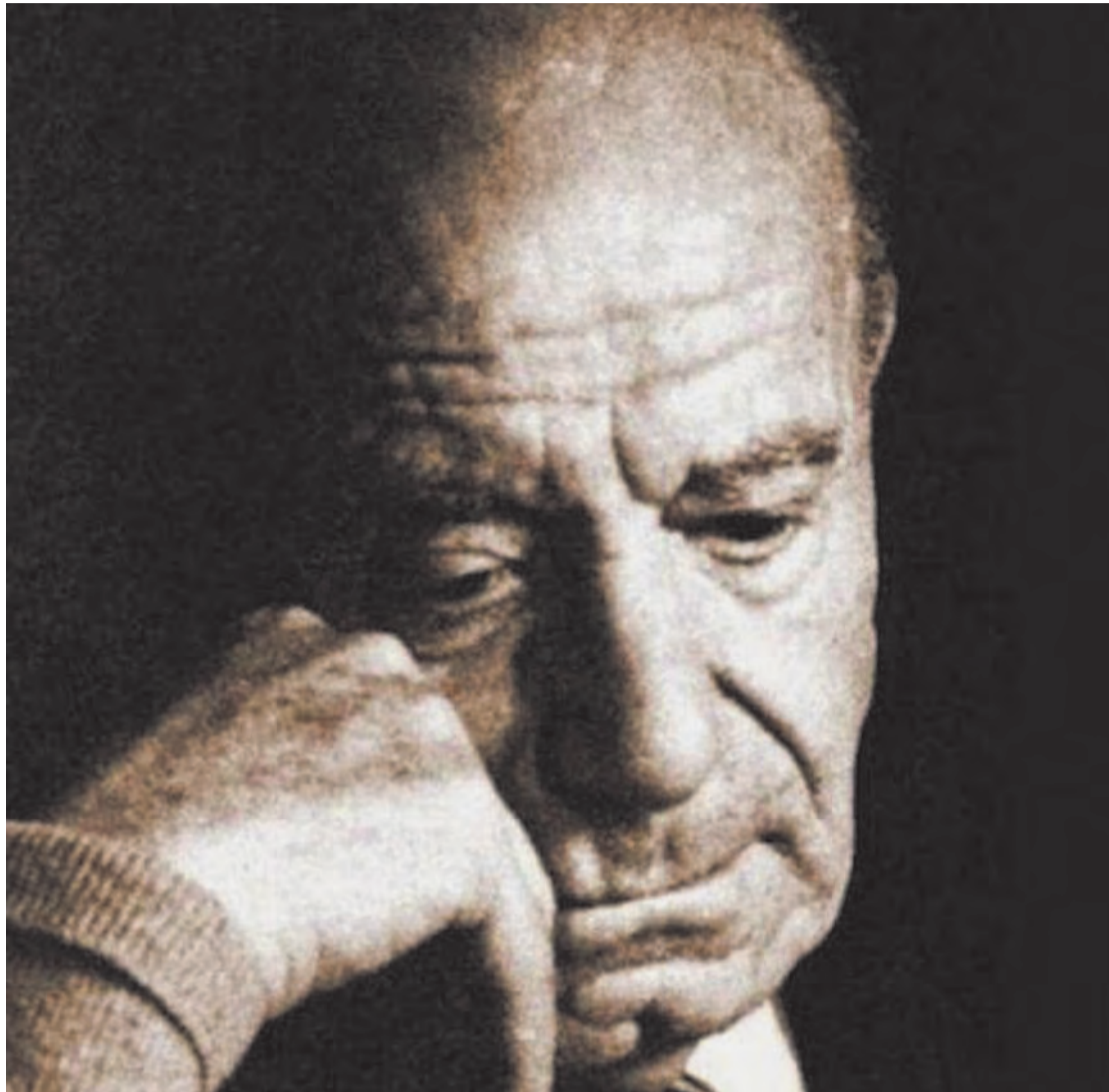


COLABORACIÓN

SANTIAGO MONTOBBIO
Poeta

“ A poesía siempre es lo otro, aquello que todos ignoran hasta que lo descubre un verdadero poeta”: cojo un libro con la poesía de Oliverio Girondo y empiezo su obra por sus ‘Membretes’, en los que busco y encuentro éste, que siempre he recordado y a menudo citado, por parecerme por completo verdadero. ‘Membretes’ y después ‘En la mas-médula y luego el principio’, es decir, ‘Calcomanías y Veinte poemas para ser leídos en el tranvía’. Tengo una antología de su obra, que es lo primero a lo que se pudo acceder de él en España, y su obra completa, publicada por Losada, que compré unos años después, cuando aquí se encontró. De momento cojo su ‘Antología’. Continuaré su lectura, y quizá complete con el volumen de la obra entera. Pero tengo cerca las ‘Voces’ de Antonio Porchia, en las que pensé en primavera, en las que he pensado a veces, y empiezo a leerlas. Y siento que son otra cosa, como ya sabía. Son distintas, únicas. ‘Membretes’ son el nombre que dio Oliverio Girondo a sus comentarios agudos y sentencias lapidarias, el nombre con que presentó y quiso distinguir lo que escribió en el género de las máximas o aforismos. Al aforismo define en un aforismo de juventud José Bergamín, y dice cómo vino a él y se le clavó en su corazón -si mal no recuerdo. Un género amplio en su particularidad y su extrañeza, que permite incluir en él (y se diversifica así quien lo practique) comentarios, notas, sentencias, quiero decir comentarios un poco más extensos o desarrollados o la pura saeta o flecha. No digamos tampoco la variedad de temas que puede abarcar y contener, además de la de registros, dentro de esa plural brevedad. Veo las ‘Apotegmas’ de Juan Rufo en su edición en ‘Clásicos Castellanos’, que no he leído, y pienso que quizá sea el momento de leerlas y así lo hago. En el prólogo, Alberto Blecua apunta como una posible razón que se ha esgrimido al asunto de que no se reimprimieran, y cuánto así se hizo con la ‘Floresta del Marqués de Santa Cruz’, el que ésta última contenía dichos y pensamientos -decires y pensares- de hombres célebres, lo cual a la gente le gustaba más, igual que tampoco era del agrado de las gentes el que un solo autor lo fuera de tantos dichos. Posible razón, así lo apunta. Que hace pensar -y hace que nos asomemos a un abismo. Aborda Blecua también la cuestión del ingenio, y si es o no -y hasta qué punto- propio de nuestro país, de los españoles. Luis Cernuda dijo que el ingenio era ya una característica, algo propio del carácter nacional. Así lo afirmó al hablar, precisamente, de las ‘greguerías’ de Ramón Gómez de la Serna, otro nombre distinto para otra concreción particular de este género múltiple -y en la que hay ingenio pero también lírica, vuelo del espíritu. Está esta cuestión, el ingenio, está la variedad, las particularidades, y los distintos nombres. Juan Rufo incorporará al español como palabra propia del idioma y no sólo como una que se citaba del griego la de apotegma, y nos da la razón de lo que esto es en un atildado prólogo: “El nombre de Apotegma es griego, como lo son muchos vocablos recibidos ya en nuestra lengua. Trújole a ella, con la autoridad de graves escritores, la necesidad que había deste término, porque significa breve y aguda senten-



Voces

~ Antonio Porchia ~

cia, dicho y respuesta, sentido que con menos palabras no se puede explicar sino es usado ésta”. Las palabras solas, las palabras únicas. Lo que sólo con estas palabras se puede decir -y es por ello de esta y no de otra manera. Leo las apotegmas de Juan Rufo, y los poemas que les siguen. El poema a su hijo -pienso también en el poema de Lope. Y vuelvo a las ‘Voces’ de Porchia. Sé que en ellas no hay ingenio, y no son aforismos -son otra cosa. Son naturaleza. Ya sé que el ingenio también es naturaleza, su vértice. Pero pienso en la naturaleza como espacio, como tierra. Y aire. Alas, raíces. Y que voz, voces, da idea de ese espacio, esa raíz y ese aire, tierra y vuelo, y de cómo pueden venir, llegar. Nacer. Pienso que en el primer poema de mi primer libro, ‘Ex Libris’, que escribí a los veinte años, se habla, hablo de voces. Lo que hay en él son voces -de voces hablo, voces siento. Abrió mi primer libro, ‘Hospital de Inocentes’, y se había podido leer ya antes en lo que fue mi primera publicación como poeta, pues era uno de los ‘Tres poemas’ que publicó la Revista de Occidente en su número 84, en Madrid, en mayo de 1988. Me viene el recuerdo de este poema y la presencia en él de las voces y pienso que voy a buscarlo y refrescarlo. Éste es el poema ‘Ex Libris’, dice así: “No es bueno apretar el alma, por ver si sale tinta./ El papel sigue siendo el asesino -el asesino de ti- / y quizá es mejor que

la sombra y que sus dagas/ por antiguas voces descalzas vayan. Por antiguas voces,/ muy lejos del número y sus cárceles, entre nieblas/ olvidadas. Pero también pienso que con todo esto/ tal vez puedas hacer algún día un cuadernillo;/ que con todo esto -rojos, nieblas y niños/ que se dicen adiós por las esquinas- quizá sí puedas/ reunir unos ilegibles pedazos de diario/ para con paciencia zurcirlos, tarde adentro,/ hasta que torpemente formen un libro hecho de frío./ Y quizá sobre sus grises tapas de lluvia/ puedas tú poner mi nombre antiguo/ y, justo debajo, las sabidas fechas/ de mi nacimiento y muerte. Y entonces/ mi nombre pequeño allí, mi nombre -pobre-/ que no sé ya si da pena o si da risa/ así grabado en unas tapas/ ante las que puedas abrazar las evaporadas siluetas/ de unos tristes fantasmas sentimentales que no soy/ pero que los viejos papeles tercamente dicen que sí fui”. Voces. Las ‘Voces’ de Porchia. Tan únicas, tan distintas, tan solas. Nacen de una gran soledad y son una gran soledad. La sabe sentir Alejandra Pizarnik en las palabras que de ella se incluyen en la contraportada: “Asiento a cada una de sus voces con toda mi sangre y, lo que es extraño: su libro es el más solitario, el más profundamente solo que se ha escrito en el mundo y no obstante, releyéndolo a media noche, me sentí acompañada o mejor dicho amparada. Y también asegurada, tranquilizada, como si me hubieran dado la razón en la única cosa que yo rogaba tenerla”. Se incluye también en las que reproducen de Borges: “Los aforismos de este volumen van mucho más allá del texto escrito; no son un final sino un comienzo. No buscan producir un efecto. Podemos sospechar que el autor los escribió para sí mismo y no supo que trazaba para los otros la imagen de un hombre solitario, lúcido y consciente del singular misterio de cada instante”. La edición española de las ‘Voces’

reunidas de Antonio Porchia tiene un nutrido apéndice. En sus anexos está la carta completa que le escribe Alejandra Pizarnik, y de la que entresacan -con acierto- estas palabras. Con acierto, sí, pero es en la carta entera donde está el diálogo, el encuentro -el deseo de encuentro y de diálogo. Soñado, quizá imposible. Leo ‘las Voces abandonadas’ -el libro de las ‘Voces’ reunidas tiene varios apartados-. Encuentro en ellas algo de lo que pienso, siento. En relación a estos verbos y conceptos, leo en una de las entrevistas que se encuentran en un anexo al final las palabras que escribió para el primer libro de Roberto Juarroz y que no recordaba -recordé el otro día, al leerlo, las que abren el segundo tomo de su poesía completa. Estas palabras se encuentran en la ‘Primera poesía vertical’ de Roberto Juarroz: “Leyendo o escuchando los poemas de este libro, creo que sentir es profundo y comprender es superficial, porque siento muchísimo y casi no comprendo. Y por lo breve de este libro profundo, recuerdo: ‘Quien dice la verdad, casi no dice nada’”. Esto se siente también ante las voces de Antonio Porchia. Porchia dice su decir, el misterio que ante él se siente, y su carácter distinto. En estos anexos encuentro otras cosas, cómo de ningún modo piensa que escribe aforismos, el modo misterioso en que vienen las voces. Cómo nacen, cómo se dan. Brotan. Son voces y son flores -y hay una voz de las flores que ahora puedo ir a buscar: “Las flores no son para las flores, porque no hay flores para las flores”. “Para repetir hasta la voz” es un pensamiento quizá algo enigmático que escribí también a mis veinte años, y lo recuerdo, supongo que es natural que lo recuerde ante la llegada y advenimiento misterioso de estas voces. Voy a buscar algunas de ellas, algunas que siento dicen esta su misteriosa soledad y naturaleza. Leo así en ‘Voces abandonadas’: “Toda persona anónima es perfecta”. “Lo más puro de nosotros se confunde con lo que es nada, porque no tiene voz, y casi no tiene luz”. “Quien es alguien, solo, siempre es solo”. “Estar con alguien verdadero es casi un milagro”. “Ahora que todo eres tus alas, ¿qué levantarán tus alas?”. “Nunca serás grande para tu alma, si tu alma es grande”. “Ando conmigo como si yo fuese alguien, sin andar conmigo”. “Esta fábula merecería ser muy antigua”, decía Borges, y así, algo así sentimos con estas voces. Sentimos que podrían ser anónimas, por haber dicho a todos y a nadie. En su casi voz, en el casi milagro que es alguien verdadero y la voz que encuentra, casi -podríamos decir- imposible. Casi es la palabra que antecede a los tres apartados de los ‘Fragmentos verticales’ de Roberto Juarroz -“Casi poesía”, “Casi razón”, “Casi ficción”. En ese casi de todos y de nadie, en que un hombre de modo único puede sustraer lo más hondo de sí y lanzar al aire unas voces, voces que le susurra el misterio, la verdad escondida y que nos dicen en ellas a todos y a las que asistimos con asombro, un asombro que vuelve y se renueva cuando volvemos a encontrarlas y a leerlas. A ese casi que llega a ser un todo, único y anónimo, podría acercarse sólo -pienso, creo- la poesía. La poesía de la que está cerca. Que convoca. Que las hace nacer, las hace ser. Desde muy antiguo. Antiguas voces.